

# VIRILIDAD, EXCLUSIÓN Y PERVERSIÓN: LECTURA QUEER DE LA REPRESENTACIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA EN *LOS CACHORROS* DE MARIO VARGAS LLOSA

VIRILITY, EXCLUSION, AND PERVERSION: A QUEER READING OF MALE HOMOSEXUALITY REPRESENTATION IN MARIO VARGAS LLOSA *LOS CACHORROS*

Reyes García, Samy Zacarías\*

Universidad Nacional Autónoma de México  
México

## Resumen

A través de una perspectiva queer, se busca deconstruir la novela corta *Los cachorros* (1967) del escritor peruano Mario Vargas Llosa. Este proceso busca demostrar cómo la inclusión de un personaje homosexual no significa un avance contra los prejuicios sobre la homosexualidad, sino que es la puesta en escena de esta forma de discriminación donde la inclusión termina volviéndose rechazo. Desde esta perspectiva, se hará notar la manera en que se sigue construyendo al homosexual, en *Los cachorros*, como un perverso decadente que sólo tiene un destino: morir trágicamente. Con tal análisis, se hará notar cómo un discurso de crítica literaria formado por el propio Vargas Llosa a favor de la no discriminación y la inclusión positiva de la disidencia y otros marginados, como las mujeres, sigue ausente en su narrativa, por lo menos en cuanto a la homosexualidad.

**Palabras clave:** Literatura peruana, teoría queer, heteropatriarcado, Mario Vargas Llosa, homosexualidad y comunidad LGBT+.

## Abstract

Through a queer perspective, we seek to deconstruct the short novel *Los cachorros* (1967) by Peruvian writer Mario Vargas Llosa. This process seeks to demonstrate how the inclusion of a homosexual character does not mean an advance against prejudices about homosexuality, but rather the staging of this form of discrimination where inclusion ends up becoming rejection. From this perspective, it will be noted the way in which the homosexual in *Los cachorros* is still constructed as a decadent pervert who has only one destiny ---to die tragically. With this analysis, it will be noted how a literary criticism discourse formed by Vargas Llosa himself in favor of non-discrimination and the positive inclusion of dissidence and other marginalized people, such as women, is still absent in his narrative, at least in terms of homosexuality.

**Keywords:** Peruvian literature, queer theory, heteropatriarchy, Mario Vargas Llosa, homosexuality and LGBT+ community.

\*Es egresado de la Licenciatura en Filosofía por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); actualmente estudia la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánica en la misma universidad. Sus áreas de interés son la ética, las ontologías, la crítica literaria y las teorías queer, así como la filosofía francesa del siglo XX-XXI.

**Finalizado:** México, Septiembre-2021 / **Revisado:** Noviembre-2021 / **Aceptado:** Noviembre-2021

## Introducción

La cuestión de la homosexualidad masculina en la literatura iberoamericana ha sido un problema aún por resolver: ¿cuáles son nuestros personajes homosexuales? ¿Quiénes escriben sobre la homosexualidad? ¿Qué relación guarda la producción literaria con la producción cultural de prejuicios en torno a los sujetos que se establecen más allá de la heterosexualidad? ¿Permite la literatura, en el caso de los personajes homosexuales, observar los problemas relativos a las disidencias (antes conocidas como desviaciones) sexuales? Este tipo de preguntas se inserta ampliamente en el modo en que los novelistas han descrito y profundizado en personajes no-normativos. La aparición de personajes no-normativos, sin embargo, no significa la liberación de los prejuicios; al contrario, muchas veces implica insistir en ellos posibilitando que el lector de tales obras vea sus prejuicios reflejados en las obras de modo positivo, impidiendo una crítica hacia tales valores.

En el caso de este trabajo, se analizará especialmente la homosexualidad masculina en *Los cachorros* (1967) de Mario Vargas Llosa donde haremos notar cómo los prejuicios de la homosexualidad poco cambiaron dentro de la creación literaria de mediados del siglo XX. Dicho lo anterior, el método que hemos elegido para analizar la novela es a través de un análisis literario que se presta de las teorías queer. Tales teorías permiten observar los prejuicios con relación a las sexualidades como una situación política que va más allá de las fronteras físicas del autor y que se insertan en una sociedad heteropatriarcal occidental. Así pues, el enfoque viene de las teorías queer, principalmente las producidas por Guy Hocquenghem, Mario Mieli, Didier Eribon, entre otros, que pueden ser comprendidas como teorías literarias y culturales que consienten el análisis de ciertas obras como expresiones concretas de ideas que han permeado el pensamiento y la praxis occidental desde hace muchas décadas. Asimismo, tal proceso de producir

una teoría queer como teoría literaria, está relacionado con el trabajo de Eva Kosofsky en *Epistemología del armario* (1998).

Desde esta perspectiva, el resultado debe arrojar nuevas críticas en función de la literatura iberoamericana del siglo XX, particularmente cuando se trata de autores como Mario Vargas Llosa que ha sido reconocido como uno de los mayores exponentes de la literatura peruana y literatura escrita en español, así como hacer notar que cierta literatura altamente galardonada por el mundo no está libre de prejuicios. Como se verá en las conclusiones, aunque Vargas Llosa no tenga los prejuicios de sus voces narrativas (cf. 2005, 2012), pareciera que su obra mantiene una hostilidad a la homosexualidad, creando una dicotomía entre el pensamiento del autor y las voces narrativas de las novelas.

Debido a la necesidad crítica de esta investigación, dividiremos el análisis en tres apartados: en el primero, analizaremos el problema de la homosexualidad “representada” desde la visión sartriana de Genet como la “voluntad de mal” y como es la lectura de Vargas Llosa sobre esto; en el segundo, el conflicto entre la castración y la vida que Cuéllar, personaje principal de la obra, debe cumplir como “heterosexual”; en el tercero, la situación de la inclusión de la homosexualidad dentro del sistema heteropatriarcal para enseguida producir su exclusión. Por último, nuestras conclusiones que producirán preguntas vinculadas con las producciones literarias que buscamos leer y crear para mejoría de las sociedades, sabiendo que el propio Mario Vargas Llosa apela a una literatura de cambio y crítica social. Esto último no significará silenciar ni prohibir literatura con prejuicios, pues esta permite observar que ciertas cuestiones, en concreto la homosexualidad, sigue hoy siendo comprendida por la sociedad y las voces narrativas de Iberoamérica de modo negativo.

## I. Vargas Llosa ante el Genet de Sartre: la voluntad del mal como rasgo del homosexual maligno

En 1968, un año después de que Mario Vargas Llosa publicara *Los cachorros*, Guy Hocquenghem escribió uno de los libros pioneros de las teorías queer: *Le désir homosexuel* (1968). Hocquenghem nunca conoció a Vargas Llosa, sin embargo, sí que tuvo contacto con Sartre, escritor que Vargas Llosa admiraba profundamente. Sartre, en 1952, había escrito *Saint Genet comédien et martyr*, libro donde no sólo se analiza la vida y obra de Genet, uno de los escritores homosexuales y subversivos más importantes de Francia, sino también expone sus prejuicios sobre la homosexualidad. Hocquenghem (2009), al tomar en cuenta el análisis de *Saint Genet de Sartre*, señala que:

La historia de Genet es edificante, no en vano se le llama santo: gozar fuera del sistema deviene, por la gracia de la intervención trascendente de Edipo, una «voluntad de mal», una elección existencial de la cual Sartre describe complacidamente los momentos. La metafísica libertad de elegir la esterilidad homosexual toma el sitio del funcionamiento de la libido productora. La «voluntad de mal» salva, según una inteligencia progresista, lo que el deseo tiene de insostenible santificándolo.

Sartre, por supuesto, tiene razón parcialmente, ya que describe la realidad de cierto imaginario. (p. 92)

El imaginario de Sartre consiste en que “la libertad” es tomada por el homosexual para producir su propia existencia libidinal, es decir: la elección de tomar “la voluntad de mal” como rasgo de la vida es lo que santifica a Genet al elegirse a sí mismo antes que a los otros. Sin embargo... ¿qué elige Genet?, ¿qué elige el homosexual cuando elige su propio deseo? Elige el mal y, en tanto que mal, elige la decadencia. Bajo esta perspectiva que pone a la criminalidad como tomada por sí misma y no producida por los otros, Genet se convierte en un criminal santificado en el imaginario sartriano. Pero la elección existencial malvada

de Genet y sus personajes no borra el rasgo negativo de la homosexualidad, sino que ata esta visión existencial con la idea de que el homosexual, a priori, es maligno. De ahí que Hocquenghem afirme que “puesto que es un ladrón, bien puede ser también «maricón»” (2009, p. 40), para confirmar la idea de que criminalidad, homosexualidad y también locura van de la mano en el imaginario general de la sociedad y en el sartriano. La elección de Genet sólo es el cumplimiento existencial de elegir la libertad, mas no significa la liberación de la homosexualidad de los prejuicios que se le han dado; simplemente, Sartre suspende el análisis de tales prejuicios bajo el arquetipo de un antihéroe ahora santificado.

Pero ¿a qué viene Sartre a este escrito, a qué viene su análisis de Genet? Mario Vargas Llosa admirará la obra de Sartre; verá en él un gran escritor, así como un magnífico pensador. Igualmente, en la escritura de Vargas Llosa se observa las ideas del existencialismo francés desde sus primeras obras, como se manifiesta en “Vargas Llosa entre Sartre y Camus” de Oviedo (1993). Son en estas obras primarias donde los modelos existenciales devienen paradigmas para producir personajes. En el caso de *Los cachorros*, podemos decir que, en el imaginario de Vargas Llosa, Cuéllar representa su “Genet”: arquetipo del homosexual que elige el mal como parte de su propia libertad, más allá de que esta libertad le produzca “locuras”, “perversiones” y “crímenes”. En el libro de Sartre, se sostiene que la homosexualidad es una decisión personal, por tanto, conlleva también la elección del mal:

No se nace homosexual o normal: cada uno llega a ser lo uno o lo otro según los accidentes de su historia y su propia reacción ante esos accidentes. Yo sostengo que la inversión no es el efecto de una elección prenatal, ni de un vicio de conformación endocrino, ni siquiera el resultado pasivo y determinado de complejos: es una salida que un niño descubre en el momento de asfixiarse. (2003, p. 116)

Lo que Sartre afirma, al igual que Simone de Beauvoir cuando postuló que no se nace mujer, sino que se llega a serlo, es la idea de que la homosexualidad sería una identidad cultural que nace a través de una elección existencial en un momento crítico. Para Sartre, la homosexualidad de Genet nace ante el abandono de su madre; en Vargas Llosa, el caso de Cuéllar es la castración. Pero cuando Sartre hace esto, olvida hacer todo el proceso crítico que de Beauvoir hizo con la feminidad: que no hay una esencia de la homosexualidad (la perversión y el mal), ni que esta es una elección libre; asimismo, lo que se espera de un homosexual es contextual, no esencial. Si la homosexualidad entierra sus raíces en un deseo, la expresión de su deseo se convierte en un arquetipo. Sin embargo, con los estudios queer sabemos por Butler (2007) que la performatividad puede ser rechazada o llevaba a espacios donde lo que se espere de uno, no se cumpla. La “anormalidad” sexual, ni tiene que ver con el resultado de la “asfixia del niño” ni tampoco con “elegir el mal” en un sentido criminal, sino con el ejercicio de un deseo que puede ser moral o inmoral según los valores en turno.

Siguiendo con esta elección de la homosexualidad y su igualdad con el mal, se observa en *Los cachorros* la puesta en escena de esta postura donde pareciera que la forma de vida negativa de Cuéllar refleja su perversión homosexual y, como Genet, su pederastia, parece tener como antecedente su castración. En el capítulo 6 de la novela se lee lo siguiente:

Cuéllar ya había tenido varios accidentes y su Volvo andaba siempre abollado, despintado, las lunas rajadas. Te matarás, corazón, no hagas locuras y su viejo era el colmo, muchacho, hasta cuando no iba a cambiar, otra palomillada y no le daría ni un centavo más, que recapacitara y se enmendara, si no por ti por su madre, se lo decía por su bien. Y nosotros: ya estás grande para juntarte con mocosos, Pichulita. Porque le había dado por ahí. (1991, p. 142)

Se constata, en este pequeño párrafo, la desobediencia de un hijo; las acciones peligrosas de Cuéllar y ante todo la frase lapidaria “porque le había dado por ahí”. ¿Qué significaba “darle por ahí”? La aclaración viene más adelante cuando el narrador precisa en qué lugares podían encontrar a Cuéllar y con qué personas:

Su carro andaba siempre repleto de rocanroleros de trece, catorce, quince años y [...] con pandillas de criaturas, mírenlo, mírenlo, ahí está, qué ricura, y qué bien acompañado se venía, qué frescura: uno por uno los subía a su tabla hawaiana y se metía con ellos más allá de la reventazón. Les enseñaba a manejar el Volvo, se lucía ante ellos dando curvas en dos ruedas en el Malecón y los llevaba al Estado, al cachascán, a los toros, a las carreras, al Bowling, al box. Ya está, decíamos, era fatal: maricón. Y también: qué le quedaba, se comprendía, se le disculpaba pero, hermano, resulta cada día más difícil juntarse con él, en la calle lo miraban, lo silbaban y lo señalaban, y Choto a ti te importa mucho el qué dirán, y Mañuco lo rajaban y Lalo si nos ven mucho con él y Chongolo te confundirán”. (1991, p. 142-143, subrayados míos)

El rasgo de pederastia de Cuéllar (“repleto de rocanroleros de trece, catorce, quince años...”) no sólo demuestra su homosexualidad, sino que también obliga a sus “amigos” a alejarlo del círculo social, pues elegir seguir una relación con Cuéllar era elegir la consciencia del mal en ellos mismos, aceptar al otro en su diferencia es aceptar que uno puede ser como él: perverso. Como dice Hocquenghem “la aparición de un homosexual reconocible o confeso conduce inmediatamente a los que le rodean a un terror pavoroso e infundado de ser violados” (2009, p. 27). “Violados” aquí no significa sólo el acto sexual de obligar a alguien a tener relaciones sexuales, sino también a tener “relaciones sociales” con el homosexual y el miedo tajante de ser tomados como homosexuales al juntarse con uno (“si nos ven mucho con él [...] te confundirán”). Como vemos en lo que dicen los amigos, al

final de la cita anterior, hay un miedo tajante de que se les reconozca como perversos a ellos también por sus relaciones con Cuéllar. Ellos excluyen al maricón en su miedo de serlo y reconocen en Cuéllar que él ha elegido el mal, que es una consciencia propia, como si Cuéllar pudiera dejar de desear a los hombres y a los niños por propia voluntad.

A la vez, la homosexualidad de Cuéllar está frustrada en su rasgo de pederastia, pues, como señala Kosofsky, los dos modelos de homosexualidad son el de homosexual “feminizado (como en la cultura protomoderna inglesa y el incipiente modelo de inversión) o, por el contrario, virilizado (como en el modelo pederasta o de iniciación griego)” (1998, p. 179). Dado que Cuéllar es un adulto, es un pederasta feminizado, lo cual lo coloca en un espacio de lo doblemente marginal. No puede ejercer su sexualidad sobre ningún muchacho, pues la falta del falo le impide. Su homosexualidad está igual de impedida que su heterosexualidad. A no ser que podamos, más allá del heteropatriarcado, pensar otras formas de amor no normativas y falocéntricas, como podrá ser el ejemplo de Jean Genet estudiado por Preciado (2019), donde no es el coito y las relaciones sexuales lo que enlace a Genet con sus amantes, sino los actos poéticos y subversivos en la producción de sentimientos intensos (como el robo o la creación literaria). Sin embargo, esta posibilidad no es pintada por Vargas Llosa en ningún momento; la frustración es el único camino delimitado.

Aunando en esto, sí se puede afirmar que Cuéllar representa un perverso, ya que enseña a los “rocanroleros” “a manejar el Volvo”, pero también a estar en el límite de la vida y la muerte, no sólo a través de juntarse con el maricón, sino también al nadar más allá de “la reventazón”, es decir, en mar abierto. Estos nuevos “cachorros”<sup>1</sup>, a diferencia de lo que fueron Cuéllar y su pandilla de amigos,

son vistos como perversos por Cuéllar y no como sujetos que por su propia voluntad han decidido tener esa “mala vida” que los amigos de Cuéllar ven en este. Como apunta Hocquenghem “la asociación paranoica entre homosexualidad y criminalidad no sólo constituye una defensa contra la libido homosexual, sino que también la adorna con los encantos de lo sanguinario” (2009, p. 42). Cuéllar se revela como un perverso, criminal, homosexual y, ante todo, alguien que pone a sus acompañantes al filo de la muerte (“encanto sanguinario”).

Como analiza en conjunto Guy Hocquenghem y René Schérer en *Co-Ire: album systématique de l'enfance* (1976), el pederasta (tomado como homosexual) no sólo produce el terror de la violación al niño, sino que también es la posibilidad de producir en sus amantes/raptados la desviación de sus vidas. El pederasta es tomado, en la idea de que la homosexualidad es una enfermedad contagiosa, como un untador de su propio mal a través de raptar por la seducción a los muchachos. Cuéllar representa, en la posibilidad de producir el deseo de los muchachos y no en su rasgo de posible violador, una línea de fuga donde se libera el deseo. Pero como el deseo es negativo, el deseo homosexual, tal actuación sería criminal. Del rapto como fuga Hocquenghem y Schérer manifiestan:

El rapto es rápido, preciso; se coloca más acá o más allá, pero en todo caso al margen de esa red de semiconsentimientos y reticencias que es el pan nuestro de cada día del niño de familia y de los que ni siquiera la fuga solitaria le permite escapar. Por lo demás, el primer hito de la fuga, el acontecimiento que le hace irreversible y convierte el asentimiento gestual en afirmación de sí, está siempre preparado o sancionado por un rapto. [...] Incluso cuando el rapto no es inaugural, se parte siempre al encuentro de hechos inauditos, de situaciones que resultarían escandalosas a los ojos de las familias y de los que permanecen confinados en ellas. El rapto es, pues, la luz del vagabundo y no al revés. (1978, p. 10-11)

<sup>1</sup> La definición del Diccionario de la lengua española (RAE) a cachorros, en este sentido del texto, es la siguiente: “Miembro de las generaciones jóvenes dispuestas a suceder a las anteriores en un ámbito determinado”.

En el imaginario de Vargas Llosa, en cambio, con tintes de Sartre, la libertad que ha elegido Cuéllar, al final de la novela (la voluntad de mal), es también la posibilidad de contagiar a los otros con ese mal. Aunque Cuéllar con su propia elección abre la oportunidad de los muchachos de elegir el mal como emancipación, de unirse a él a través de la actividad del deseo que los arrastrará a la libertad, para el narrador de *Los cachorros*, este acto sigue siendo negativo, repudiable.

En ese sentido, Vargas Llosa no comprende que la “consciencia del mal” es, sobre todo, el alegato de Sartre y de Genet como defensa a la libertad más allá de la normatividad heterosexual, lo cual no significa, tajantemente, una criminalidad y un rasgo negativo, sino el acto de “ser-para-sí” que es tomado criminal en tanto que la sociedad ha criminalizado los deseos y no en tanto que en sí sea un acto deplorable. Así pues, en la narración de Vargas Llosa, la elección liberadora de la vida homosexual que el pederasta hace aparecer ante los muchachos es también una condena para ellos. La exclusión de Cuéllar significa la exclusión de la individualidad egoísta que ha decidido elegirse a sí misma, así como la creación de un figura odiable y perversa que debe mostrarse como en decadencia absoluta al elegir su propio deseo como modo de vida; haciendo ver que es imposible una homosexualidad feliz (como sí es el caso de Genet). En ese sentido, no hay una defensa a Cuéllar por parte del narrador, sino al contrario, una lapidaria exclusión. Se confunde la elección de un acto inmoral con una idea de malignidad tomada literalmente.

## II. La castración de Cuéllar y la crisis por la emasculación

En el caso de Cuéllar el “rapto” inaugural, aquello que imposibilita una vuelta atrás al sistema familiar heterosexual y a una sexualidad “normal”, es su accidente infantil. La pérdida de su pichula por Judas, el perro danés de la escuela donde estudiaba, que lo mordió en medio de una ducha que tomaba con Lalo después de su típico

entrenamiento deportivo, produjo en Cuéllar un rompimiento de su subjetividad y el devenir de su perversión.

Pero Cuéllar se demoraba porque [...] se metía siempre a la ducha después de los entrenamientos. A veces ellos se duchaban también, guau, pero ese día, guau guau, cuando Judas se apareció en la puerta de los camarines, guau guau guau, sólo Lalo y Cuéllar se estaban bañando: guau guau guau guau. Choto, Chingolo y Mañuco saltaron por las ventanas, Lalo chilló se escapó mira hermano y alcanzó a cerrar la puertecita de la ducha en el hocico mismo del danés. Ahí, encogido, losetas blancas, azulejos y chorritos de agua, temblando, oyó los ladridos de Judas, el llanto de Cuéllar, sus gritos, y oyó aullidos, saltos, choques, resbalones, y después sólo ladridos. (1991, p. 109)

El acto rápido, inesperado y accidental donde Cuéllar pierde su pene, produce desde ese momento los cambios subjetivos y sociales del personaje, o lo que en Sartre se llamaría momento crítico de la decisión. La castración del pene, o la pérdida del fallo, representa la perversión y continua degeneración del personaje que solamente hasta el capítulo 6 tomará la forma de homosexualidad. Ahora bien, el problema de la castración refiere a una concepción de homosexualidad masculina pasiva, donde el sujeto parece perder su masculinidad o teme perderla, como se puede también desglosar de la anterior cita de Kosofsky. “El homosexual pasivo, y es esencialmente de quien hablamos, puesto que resume por sí mismo toda la homosexualidad, está marcado por este pensamiento, por su miedo a la ausencia del pene o su miedo a perderlo” (Hocquenghem, 2009, p. 56). De esta idea de pasividad homosexual se contraponen el de la virilidad como rasgo esencial de la masculinidad. Cuéllar, al perder su pene, debe ahora demostrar que no ha perdido su masculinidad, su carácter de fortaleza; que sigue pudiendo ser un hombre. Como analiza Jasbir K. Puar (2017) al revisar las posturas conservadoras de ciertos homosexuales, “una

postura política que da a entender que la emasculación es indecorosa y antipatriota” (p. 92). Esto significa, especialmente, que no se tiene identidad, que se está contra la identidad masculina cuando el falo ha sido arrancado del sujeto. Se pierde la soberanía.

Del mismo modo, en el análisis hecho por Nettel (2011), en torno a La ciudad y los perros, resalta la idea de que hay una homosexualidad bien vista siempre y cuando esta sea violenta y activa, es decir, siempre y cuando no sea pasiva, sino viril, falocéntrica: “Por una serie recurrente de comentarios que se hacen a lo largo de la novela, parecería que la homosexualidad está bien vista mientras sea activa y se practique con violencia, es decir mientras un estudiante viole a otro, ya que de ese modo demuestra su superioridad física” (p. 93). Se infiere de lo anterior que la emasculación muestra una pérdida de valores y coloca al homosexual emasculado o afeminado dentro de una posición antipatriota o contra los valores sociales que la patria busca producir en los hombres como en las mujeres; es decir, pierde su horizonte de comprensión dentro de lo masculino/femenino.

En Cuéllar, como Genet, se mostrarían como enemigos declarados o “terroristas” de los sistemas de valores nacionales altamente heteropatriarcales, como resalta el análisis de Puar (2017) en *Ensamblajes terroristas*. El rasgo de pasivos o castrados, aquellos que no ejercen la violencia, muestra una perversión de la norma, a través de prácticas anormales o diferentes, afeminadas y hasta extravagantes, como el caso de Cuéllar que se comienza a vestir para llamar la atención de los muchachos: “blue jeans ajustados, camisita de colores abierta desde el pescuezo hasta el ombligo, en el pecho una cadenita de oro bailando y enredándose entre los vellitos, mocasines blancos” (Vargas Llosa, 1991, p. 142). Esta vestimenta que no es acorde a lo que se espera de Cuéllar como un hombre peruano, produce un repudio social que enlazan tanto a Genet como al personaje de Vargas Llosa, en una especie de terroristas al

sistema nacional de sexualidad heterosexual. De ahí que, por ejemplo, se comprende por qué Preciado hable de terrorismo del género en varios de sus textos (2009, 2020). La sexualidad no normativa atemoriza la heterosexualidad hegemónica, produciendo un repudio semejante al que se vive contra los terroristas del Estado.

Pero no vayamos tan lejos en nuestro análisis al poner a Cuéllar dentro del terrorismo al sistema heteropatriarcal. La cuestión de la ausencia del pene que tiene Cuéllar producirá en él una existencia contradictoria, que está siempre tambaleando en ser “un hombre” o en aceptarse por su castración, que lo coloca como pasivo, en un desviado que debe ahora vivir como tal. Cuéllar tiene dos opciones: ser un hombre o ser, tarde o temprano, un maricón<sup>2</sup>. El personaje se ve obligado a luchar contra estas ideas, siendo los últimos dos capítulos el punto de quiebre en relación con esta constante posibilidad de fuga a un sistema social que le obliga a cumplir, aceptando así la desviación de su camino. Pero sin pene, ¿es posible ser hombre bajo el estándar viril de violencia y soberanía, de penetrar y no ser penetrado?

Es claro que esta idea de algún modo es totalmente risible, sin embargo, es un pensamiento constante en el siglo XX: el homosexual hombre no es más que el hombre castrado o con deseos de castrarse, de volverse “mujer” (recordemos que a la mujer se le tomó como “hombre castrado” o típicamente “acomplejada por su castración”) y, a la vez, se clausura en el imaginario una imposibilidad de una sexualidad bisexual o polimorfa, teniendo que definirse dentro de la heterosexualidad sana o la homosexualidad desviada, prohibiendo así personalidades que

<sup>2</sup> Dentro del sistema binario de la sexualidad, un punto medio como la bisexualidad es imposible de visualizar. Este problema es trabajado largamente por Hocquenghem, pero, específicamente, el libro de Mario Mieli, *Elementos de una crítica homosexual* (1979), esclarece de mejor manera el problema de tener que elegir entre un lado del binario “heterosexualidad / homosexualidad” que produce sexualidades monosexualistas, en vez de polimórficas.

tengan valores de ambos lados del binario. Cuéllar representa los prejuicios sobre la homosexualidad que se vivían en su época, y la lucha por demostrar a toda costa que era un hombre sano y no un maricón acomplejado. Pero en una sociedad falocéntrica, ¿es posible ser “hombre” sin pene? Y también: ¿es posible ser el sujeto activo de las relaciones sexuales al no tener pene? ¿Es posible ser el soberano sin fallo?

Asimismo, para ahondar en el problema de la castración, tomaremos el análisis que hace Santiago López Maguiña (2018) sobre la emasculación. En su trabajo expone que Los cachorros representa una suerte de sacrificio no deseado por un sujeto (Cuéllar), donde el sacrificio iguala a los compañeros para producir un estado de bienestar. Esta idea hace entender que la novela no gira alrededor de los prejuicios de la homosexualidad, sino de un espacio del sacrificio ritual necesario para igualar a la sociedad. Este sacrificio es la pérdida de la virilidad de Cuéllar al perder su pene. Cuéllar, como personaje, “da de sí, por ser en exceso distinto y superior, para que el grupo de amigos se unifique. Da el signo de la superioridad masculina de ser y, al final, su vida íntegra, y recibe el reconocimiento de ser como los demás. Todo ello como resultado de una suerte de destino fatal” (2018, p. 145).

Sin embargo, no es verdad que, en el momento de la castración o emasculación de Cuéllar, se reconozca al personaje “como los demás”. Tampoco es cierto que, en el caso de los compañeros, “la revelación de lo que le ha acontecido [a Cuéllar] no tiene para ellos la dimensión de un hecho muy grave” y “no les produce ni horror ni el sentimiento de que el suceso tiene una consecuencia irreparable” (López, 2018, p. 149). En la propia narrativa, inmediatamente al accidente se dice que la familia no quiere revelar el daño que ha vivido el hijo: “era un secreto, su viejo no quería, tampoco su vieja, que nadie supiera, mi cholo, mejor no digas nada, para qué, había sido en la pierna no más...” (1991, p. 111). A la par, los profesores de Cuéllar impiden a los niños

hablar de aquello y les castigan si descubren que lo hacen. Asimismo, los compañeros dicen: “Pobre Cuéllar, decía Choto, ya no podría lucirse en el Campeonato que empieza mañana, y Mañuco tanto entrenarse de balde y lo peor es que, decía Lalo, esto nos ha debilitado el equipo, hay que rajarse si no queremos quedar a la cola, muchachos, juren que se rajarán” (ibid.). Al contrario de lo que dice López, todos los personajes en el entorno de Cuéllar interpretan el accidente como una fatalidad. Concretamente, los compañeros ven a Cuéllar como un pobrecito que ya no podía lucirse y que ellos no podían igualar, pues “debilitaba al equipo”, equipo que ya existía antes de la castración de Cuéllar y que, bajo este accidente, pone a Cuéllar como un inferior.

La pérdida de la *pichula* no produce igualación, sino desorden, reestructuración de las relaciones, miedo y compasión. Y esta compasión producirá en los personajes alrededor de Cuéllar acciones que muestran constantemente que él debe ser siempre “ayudado”, “atendido” o, mejor dicho, *disminuido* a su castración. Cuéllar deviene paria. El apodo de Pichulita muestra la manera en que su subjetividad es reducida a su emasculación y, en ese sentido, que la gravedad del acontecimiento marca en Cuéllar sus relaciones con los otros. Como piensa Didier Eribon (2004), al analizar la lectura de Sartre de Genet, este proceso de injuria produce una subjetividad que constantemente está luchando contra la comprensión que le han obligado a ser. “El niño así estigmatizado vive su deseo, sus sentimientos, en el drama y el horror de sí mismo” (2004, p. 88). De tal modo, la injuria y su aceptación, “son las que han fabricado nuestra subjetividad” (2004, p. 86).

Pensar, como dice López (2018), que “desde el punto de vista de los niños, el lugar o los lugares dañados o heridos no tienen, sin embargo, otra significación que la de marcar un menoscabo en el cuerpo, la entidad viva y precedera del sujeto” (p. 151), hace



olvidar que en las infancias el cuerpo es el modo de presentarse ante los otros. Un daño en el cuerpo no es simplemente una “marca inofensiva”, sino una forma de discriminar, separar y reconocer las dis/capacidades del otro. La marca o castración que vive Cuéllar rige los modos en que los otros lo comprenden y las obligaciones que ahora obtendrá el personaje al aceptar la injuria como la verdad de su existencia. El alumnado reforma sus actitudes hacia Cuéllar a través de nuevos modos de relacionarse, y descubre que aquel accidente produce nuevos sentimientos sobre él (como la envidia, el miedo, la preocupación, etc.). Pero López reconoce que no es tan fácil aseverar esta especie de “inocencia” ética. Por ello explica que:

(...) la ética infantil, formada en la escuela, distingue dos valores. El pecado y la inocencia. La culpa y la honestidad. Pero no es claro para los pequeños si hablar sobre la pérdida de una parte del cuerpo fuera un pecado, constituyera una culpa. Aunque ya para ellos específicamente hablar de la parte perdida, el pene, les suscita embarazo. Podría decirse que la falta de pene en un hombrecito es una situación entre anómala y normal. (2018, p. 151)

No se entiende, desde este análisis, cómo pasamos de que “aunque para ellos específicamente hablar de la parte perdida, el pene, les suscita embarazo” a “las heridas no tienen otra significación que la de marcar un menoscabo en el cuerpo”, mayormente, cuando son ellos mismos los que lo nombran con constancia como “Pichula” o “Pichulita”. Si el niño no ve un problema en esos daños, ¿cómo es posible que a la vez López diga que sí suscita embarazo y también una reflexión de anomalía y normalidad en el pensamiento infantil? Para nosotros el problema consiste en que López no logra observar cómo los niños *sí pueden tener prejuicios* relativos a las sexualidades y, en ese sentido, *sí pueden discriminarse entre sí por la pérdida del pene*. Todo el capítulo 2 evidencia la manera en que los muchachos toman la situación del accidente de Cuéllar como un acontecimiento

que modifica sus relaciones con él y, por su parte, Cuéllar debe enfrentarse con tal modificación de las conductas. En el análisis de Hopenhayn (2011), por ejemplo, este proceso de insulto se abarca en el término de escarnio. Este “implica una herida y, el sarcasmo, una burla que hace doler” (p. 65) a la herida producida. Así pues, la falta de falo es una herida perpetuada por los compañeros de Cuéllar que lo obligan, posteriormente, a volverse en aquello que ellos mismos nombraron como la esencia de Cuéllar: un frustrado castrado.

Para cerrar el diálogo con el texto de López, cabe decir que la novela no permite demasiadas reflexiones sobre una “ética infantil” y menos del significado de la “infancia”, pero sí permite observar cómo, dentro de las escuelas, las construcciones de prejuicios y valores en cuanto a la sexualidad son puestas en práctica por los estudiantes de modo consciente. De hecho, cuando los amigos hablan con Teresita, le confiesan que le pusieron ese apodo porque “éramos muy malcriados” (Vargas Llosa, 1991, p. 133), aceptando así la consciencia del mal que producían a Cuéllar, así como a otros niños a través de los apodos y los abusos. La misma Guadalupe Nettel muestra, en “El hombre en cautiverio” (2011), cómo en la Ciudad y los perros y Los cachorros el ambiente escolar e infantil se presta para las agresiones y discriminaciones entre los personajes que forman los grupos dentro de las instituciones, y que reflejan los prejuicios de sus familias como de la sociedad en general.

Llosa logra construir una sátira social en la que desenmascara las hipocresías de las instituciones, y señala las enfermedades espirituales de su época. Los modelos masculinos que aquí se presentan responden a una sociedad violenta que se origina en la familia misma. En este sentido, el colegio viene a ser la representación de una sociedad peruana —y nos atreveríamos a decir que también latinoamericana— en crisis colectiva de valores. La masculinidad sería uno de ellos. En apariencia claro y convencional, ese ideal masculino se difumina en la práctica. (p. 94)

Por consiguiente, a pesar de los análisis ingeniosos de López, nosotros no logramos ver una igualación de Cuéllar con sus compañeros, por contraste, observamos que a Cuéllar se le toma como un frustrado sexual y un rebelde sin causa más adelante, a diferencia de sus amigos que parecían compartir el mismo temperamento<sup>3</sup> y sexualidad que la sociedad les incitaba a tener y que producía, a la par, exclusiones. Cuéllar representa al excluido del grupo que produce una sensación de igualdad no con Cuéllar, sino entre ellos mismos. La diferencia de Cuéllar permite mostrar la mismidad de los muchachos sanos y heterosexuales que lo necesitan, como el sistema heterosexual necesita al maricón enfermo y criminal para legitimarse a ellos mismos como buenos hombres. Desde esta perspectiva Cuéllar, para ser parte del grupo, debe mostrarse como un “hombre” aunque le falte el falo.

En el análisis de Delgado (2020), se devela cómo Cuéllar quiere ser hombre, iniciarse en ello, de ahí que “quien no tenga enamorada no alcanzará la madurez humana” (p. 313). Sin embargo, cuando Delgado menciona el rasgo ontológico, “Cuéllar no conoce la vía para conseguir esa transformación ontológica, no se halla preparado” (p. 314), omite que, en el imaginario de las ontologías de la diferencia, *el falo es lo que Cuéllar no tiene* y, por ende, no es que no pueda ser hombre, es que, en esta perspectiva filosófica, está imposibilitado para serlo. No es que no pueda tener pareja, es que no puede cumplir, en la heteronorma, el rol de hombre. Y como tampoco puede ser mujer, pasa a ser el marginado; el gran Otro maligno. El maricón castrado representa la monstruosidad. El drama de Cuéllar se inserta en la comprensión de la humanidad en la diferencia sexual y su organización bajo lo sano y lo enfermo. El cuerpo de Cuéllar se vuelve

signo de malformación y de rompimiento con las ontologías esperadas, convirtiéndolo en un paria a discriminar hasta su muerte.

Cuéllar terminará aceptando su devenir-marica que sellará para siempre su exclusión ya delineada desde el inicio de la novela por la falta del falo. Sin embargo, antes de este “destino fatal” elegido por Cuéllar, claro que hay un intento de curar a Cuéllar de su mal (de su castración que tiene como conclusión su homosexualidad). En el siguiente pasaje de la novela se ven las tensiones en relación con la *heterosexualidad obligatoria*:

Y tú Cuéllar, ¿no le gustaba alguna?, sí, esa que se sienta atrás, ¿la cuatrojos?, no no, la de al ladito, por qué no le escribía entonces, y él que le ponía, a ver, a ver, ¿quieres mi amiga?, no, que bobada, quería ser su amigo y le mandaba un beso, sí, eso estaba mejor, pero era corto, algo más conchudo, quiero ser tu amigo y le mandaba un beso y te adoro, ella sería la vaca y yo seré el toro, ja ja. Y ahora firma tu nombre y tu apellido y que le hiciera un dibujo, ¿por ejemplo cuál?, cualquiera, un torito, una florecita, una pichulita, y así se nos pasaban las tardes, correteando tras los ómnibus del Colegio la Reparación. (1991, p. 116)

En este proceso de adolescencia heterosexual, también aprenden entre ellos a tomar, fumar y bailar. Cuéllar busca demostrar su hombría y producir una idea sobre sí que anule su castración; a través de la praxis, busca una especie de prótesis a su falta. Cuando tomaban, por ejemplo, Cuéllar dice: “seco y volteado, decía Pichulita, así, glu glu, como hombres, como yo” (1991, p. 118). También se dice que fue él quien pasó a ser el más alto y fuerte. Entre otros rasgos viriles, estará su amor a las carreras y su rebeldía. Sin embargo, Cuéllar no tiene enamorada, no busca producir amores con mujeres, por lo que sus amigos necesitan que Cuéllar se incorpore al sistema heterosexual, el de tener mujeres: “Había que ayudarlo, lo decía en serio, le conseguiríamos una hembra, aunque fuera feíta, y se le quitaría el complejo” (1991, p. 122). La frustración amorosa y sexual de Cuéllar es

3 El análisis de López, por otro lado, aclara que únicamente analizará “la primera parte” de la novela, lo cual suponemos abarca únicamente el capítulo 1 y 2 de la trama. Una reducción así imposibilita ver la novela en una perspectiva más amplia y volvería al lector miope en torno a la sexualidad y el peso en los grupos sociales.

lo que permite a sus amigos marcarlo como un acomplexado por su castración. No es, entonces, el amor el centro del relato, sino la carencia como complejo de inferioridad. Los amigos quieren que Cuéllar sea un igual; niegan su diferencia y, en ese proceso, lo marginan y lo compadecen al mismo tiempo. Cuéllar interioriza su falta de falo y lucha contra ella; cuando logra enamorarse, se puede leer lo siguiente:

Pero él no quería tener enamorada y ponía cara de forajido, prefiero mi libertad, y de conquistador, solterito se estaba mejor. Tu libertad para qué, decía la China, ¿para hacer barbaridades?, y Chabuca ¿para irse de plancito?, y Pusy ¿con huachafitas?, y él cara de misterioso, a lo mejor, de cañiche, a lo mejor y de vicioso: podía ser. (1991, p. 123)

Finalmente, parece que Cuéllar se “enamora” de Teresita, pero jamás se decide a confesar su amor. Nadie entiendo del todo el porqué, aunque se piensa que tiene que ver con su castración. Teresita se enamora de otra persona, y en el diálogo final del capítulo 5, se lee lo siguiente:

Cachito le cayó a Teresita a fines de enero y ella que sí: pobre Pichulita, decíamos, qué amargada y de Tere qué coqueta, qué desgraciada, qué perrada le hizo. Pero las chicas ahora la defendían: bien hecho, de quién iba a ser la culpa sino de él, y Chabuca ¿hasta cuando iba a esperar la pobre Tere que se decidiera?, y la China qué iba a ser una perrada, al contrario, la perrada se la hizo él, la tuvo perdiendo su tiempo tanto tiempo y Pusy además Cachito era muy bueno, Fina y simpático y pintón y Chabuca y Cuéllar un tímido y la China un maricón. (1991, p. 136)

Posterior a este intento de “amor”, Cuéllar abandona al grupo y se comienza a juntar con “rosquetes, cachifos y pichicateros”<sup>4</sup> (1991, p. 139), renunciando a todos los intentos de heterosexualidad y masculinidad que le exigían, ejerciendo así la “voluntad de mal”.

Desde este punto, Cuéllar demuestra todo lo que se ha representado como perversión, y

rompe con las exigencias sociales de sus congéneres, lo cual le permite realizar su vida en el modo en que mejor le parezca. Empero a esto y debido a que nosotros no tenemos su perspectiva, para sus amigos la vida de Cuéllar es vergonzosa y nunca orgullosa. El desamor viene a ser la coronación de su libertad como maricón, no obstante, esa liberación va cargada con la idea de que el homosexual sólo es libre en tanto que se rodea de criminales, drogadictos y enfermos, en tanto que perverso, por consiguiente, vergonzoso. No es posible, dentro de la narrativa de *Los cachorros*, un homosexual “normal” o simplemente fuera de la zona del “mal” social que se dibuja a través de lo criminal y lo enfermo, ni tampoco un homosexual que logre, como ve Eribon en Genet, “transfigurarse en consciencias rebeldes, desde el momento en que, a partir de lo que las palabras de odio producen (la vergüenza), les prestan otro significado (el orgullo)” (2004, p. 90). De esta idea de homosexualidad de destino fatal, Ivan Thays (2013) concluye que:

¿Podría Vargas Llosa o alguien del Boom central -Cortázar, Fuentes, García Márquez, Vargas Llosa- retratar un héroe gay cuya homosexualidad sea un rasgo revolucionario y liberador? No, tal parece que no es posible. La homosexualidad es un rasgo de marginalidad incluso en los revolucionarios más entregados a su causa. Un asunto vergonzante. (p. 9)

La homosexualidad está condenada dentro de esta narrativa no al camino de la santidad genética que Sartre supo leer, siempre a medias, en la obra de su gran santo pervertido, sino a la vergüenza y a la marginación más repugnante. ¿En realidad era esta la apología sartriana y genética a la homosexualidad como “voluntad del mal”? En efecto, lo que ha hecho Vargas Llosa es no entender al antihéroe de Genet y convertirlo en el homosexual más marginado de todos, ya no por su sexualidad, sino por su decadencia total.

<sup>4</sup> Homosexuales, prostitutos y drogadictos.

### III. De la inclusión excluyente: el problema de Cuéllar como personaje homosexual

Mario Mieli creía que uno de los métodos que la sociedad hacía para purificar sus malas prácticas, era producir una inclusión excluyente. Esta consiste, particularmente, en hacer ver que los homosexuales son bienvenidos a las sociedades siempre y cuando se adapten a la moral social y siempre y cuando no perviertan a los otros. Pero esto significa obligar a los homosexuales a cumplir cierta normalidad heterosexual y rehusar expresiones que no estén en concordancia con esta normalidad. En Cuéllar, según el análisis de Gerardo Ruiz, hay siempre una insistencia por el grupo de niños heterosexuales por cumplir ciertas normatividades, especialmente en los campos más típicos de la heterosexualidad: el deporte y las relaciones amorosas. Dice Ruiz (2021): “A través del fútbol, los compañeros de Cuéllar van instaurando las reglas para formar parte del grupo. Son ellos quienes en conjunto implantan un código de reglas sociales” (p. 289). Cuéllar, desde el inicio, parece comportarse “diferente al grupo”, “extraño”, “raro” a los modos de los muchachos ya agenciados en su masculinidad. Es un buen estudiante y es alguien que en apariencia es débil, rasgos socialmente no bien vistos dentro de la sociedad machista. Continúa Ruiz (2021):

En otras palabras, se le muestra cómo un joven débil opuesto al resto. La supremacía heterosexual fija sus patrones y define cómo las personas deben ser físicamente para formar parte de ese poderío masculino. Esto parece no favorecerlo, pero el simple hecho de ser buena persona ser su amigo le permite a Cuéllar el ingreso al equipo de fútbol. Sin embargo, es importante también mencionar que la mayoría del grupo piensa que Cuéllar no va a tener éxito por no cumplir las exigencias del grupo (p. 289).

Cuéllar es puesto a prueba. La prueba forma también parte del sistema heterosexual que Netell analiza en las dos novelas de Vargas

Llosa. Ahí se muestra cómo en *La ciudad y los perros*, los muchachos son iniciados antes de entrar al grupo; en *Los cachorros* es el deporte y el amor heterosexual lo que permitirá a Cuéllar ser o no ser parte de la camada de cachorros en formación. Y aunque Netell diga que “así, el valor de la lealtad es el de mayor peso en esa sociedad masculina, en la que muchas otras cosas ilícitas como el robo, la violencia e incluso el abuso sexual están bien vistas” (2011, p. 85), cabe indicar ante todo que para formar parte de un grupo de muchachos se debe ser heterosexual y demostrar la virilidad al tener el falo. La incorporación de Cuéllar al grupo siempre está en riesgo en tanto que, desde el inicio, no muestra virilidad, y posteriormente pierde lo que “biológicamente” le permite estar dentro de grupos de varones: su falo. Aunque todos los hombres están siempre reproduciendo los valores de la heterosexualidad idealizada (cfr. Butler, 2007; Bruckner y Finkielkraut, 1979), Cuéllar, en el momento en que pierde su pichula, debe demostrar un exceso de virilidad que subsane su falta material (cfr. Ruiz, 2021).

Cuéllar es incluido, a la vez que se busca su exclusión. Se pretende que demuestre su heterosexualidad al mismo tiempo que el sistema patriarcal quiere demostrar que el maricón, el desviado, es eso: un “anormal” y que haga lo que haga, aunque lo intente muchas veces, tarde o temprano caerá de nuevo en ese espacio. Es evidente que, en la narrativa de Vargas Llosa, los amigos de Cuéllar no buscan su exclusión de modo tajante, al contrario, quieren incluirlo, pero no en su diferencia, sino en la producción de un Cuéllar que actúe como ellos: lo obligan sistemáticamente a cumplir su cuota de heterosexualidad. De tal manera, no hay una aceptación a la diferencia, sino un intento de destrucción de esta para igualar a Cuéllar con el grupo “normal”. Y los que debían sacrificar su sistema de valores para permitir la entrada de Cuéllar, deciden excluirlo cuando se dan cuenta de que es un maricón confesado.

El sistema de los valores heterosexuales busca a toda costa excluir al maricón al producir su inclusión aparente, al mostrarlo como un castrado constante que sólo tiene como destino la fatalidad, y que ellos en ningún sentido incluirán en sus cualidades de otredad. Es como si se buscara poner a mediodía y frente a toda la humanidad, la vergüenza e imposibilidad del homosexual de ser “normal” ante la vista de todos los normales de la sociedad. La inclusión, desde esta mirada, es un acto de persecución y marginación social. “En la sociedad, la heterosexualidad no podría ser considerada «normal» si la homosexualidad no fuese juzgada «perversión»” (Mieli, 1979, p. 86). La señalización de los rasgos “negativos” de los homosexuales o de los pervertidos es, en muchos casos, la manera en que la sociedad heterosexual se erige a sí misma como normal y deseable, haciendo ver a los homosexuales como necesariamente excluidos, a la vez que se produce su inclusión para demostrar que siguen siendo “pervertidos”. La normalidad sexual, como analiza Foucault (1991), crea las anomalías sexuales para legitimarse como sana y conveniente.

Bajo esta idea, volvamos a las preguntas de nuestra introducción: ¿Qué relación guarda la producción literaria con la producción cultural de prejuicios en torno a los sujetos que se establecen más allá de la heterosexualidad? Podemos decir que el problema de cierta literatura, como vimos con Thays (2013), es que al incluir personajes disidentes o al margen de la sociedad machista, no lo hace para mostrar su carácter distintivo al sistema heteropatriarcal a través de una apología a la “consciencia del mal” como posibilidad de emancipaciones sociales, sino para reproducir de nuevo los valores negativos y prejuicios en cuanto a tales formas de vida. El lector de estas obras descubre que estos sujetos efectivamente son pervertidos y que pueden ser descartables, marginalizables o que representan todo aquello que no se desea en una sociedad (recordemos que Cuéllar se comienza a juntar con prostitutas

y drogadictos). Esta producción, quizás no de modo intencional, reafirma la idea de que la vida de los homosexuales y disidentes es terrible, y que entre elegir esa desviación existencial que afirma la libertad individual de la sexualidad a elegir los valores culturales ya dados previamente, de algún modo, es preferible lo segundo que lo primero. A la vez, la elección de esta desviación sexual debe ser elegida, bajo el enfoque heterosexual, teniendo en cuenta su autodestrucción. Este proceso, como señala Eribon, es el mismo que Sartre hace cuando señala que para el homosexual el futuro ha sido clausurado. A esto Eribon dirá que Sartre no ha sabido leer a Genet, como tampoco Vargas Llosa a Genet a través de Sartre, pues que el homosexual orgulloso, “no cesa de mostrarnos que ese trabajo que debe hacerse sobre uno mismo para aceptarse produce la novedad, el tiempo y la historia” (2004, p. 93). La aceptación de la vergüenza, del destino fatal de la homosexualidad, nada tiene que ver con la poética de Genet donde la “consciencia del mal”, debe entenderse como el intento de producir nuevos lenguajes y modos de vida más allá de la injuria y la marginación producida por un sistema homofóbico de destinos dolorosos.

En Genet las cosas son diferentes; en Cuéllar, la situación es que, en la decadencia del personaje, la conclusión hace aparecer su castración y sus deseos homoeróticos como una degeneración que justifica su muerte terrible: “y ya se había matado, yendo al Norte, ¿cómo?, en un choque” (1991, p. 144). En cambio, los cachorros, ya perros con familia, a pesar de que no habían elegido su propia libertad y habían cumplido con los mandatos heterosexuales, son felices de algún modo. Finalmente, los compañeros de Cuéllar “eran hombres hechos y derechos ya y teníamos todos mujer, carro, hijos que estudiaban en el Champagnat, la Inmaculada o el Santa María, y se estaban construyendo una casita para el verano en Ancón, Santa Rosa o las playas del Sur...” (p. 144).

Ellos sí se habían vuelto hombres, sí habían obtenido lo que querían (casarse, hacer una familia), mientras que Cuéllar, aunque haya elegido “la voluntad del mal”, sólo le corresponde una vida trágica. Es como si la repetición de la heterosexualidad, anulando las posibles líneas de fuga, fuese la felicidad, contra la homosexualidad como posibilidad de nuevo orden subversivo que se pinta como muerte inmanente, vergonzoso en sí mismo. De tal manera, en la novela el acto de Cuéllar, como subversivo, es mal visto al orden establecido que de algún modo promete la tranquilidad y que hace aparecer la diferencia como negativa. En palabras de Sustí (2021) “no existe en la novela un enfrentamiento abierto con el mundo de los adultos” (p. 907). Y como Sustí reafirma, finalmente, cuando un personaje va más allá del orden establecido, el destino es la muerte y el no-ser: “su tragedia consiste en nunca llegar a saber ‘quién es’ o ‘quién podría haber sido’ si es que al menos hubiera tenido esa posibilidad: para él, la simple posibilidad de ‘ser’ deja de existir desde el momento en que es despojado de su virilidad” (p. 912). También como matiza San-Martín Tudela al comparar a Cuéllar con Ricardo de La Ciudad y los perros, ambos personajes, van directo hacia “la muerte, regida por un componente trágico desde la concepción de éstos, va a ser la solución para ambos” (2014, p. 147) ¿Qué le queda al maricón confeso? Nada más que su fracaso existencial. Su libertad, al ser elegida, es a la vez la derrota de sí.

#### IV. Conclusiones: Del discurso literario inclusivo a la narración prejuiciosa

La homosexualidad que representa Cuéllar está repleta de prejuicios de la mitad del siglo XX. A pesar de que Mario Vargas Llosa conoce las interpretaciones de Sartre y le admira, así como tuvo el privilegio de viajar a Europa ente los 50 y 70, Los cachorros no logra alcanzar en absoluto el arquetipo genético del homosexual que invierte los valores para mostrar las hipocresías de las sociedades heterosexuales y coronarse a sí

mismo como una Santidad que a través del mal, produce un Bien mayor. Asimismo, antes que Mario Vargas Llosa escribiera Los cachorros, en Perú, el escritor Oswaldo Reynoso había escrito Los inocentes (1961), un libro donde la homosexualidad juvenil es el tema y donde el tratamiento desde diversas aristas posibilita una visión de las diferencias sexuales más allá de la dicotomía “normal / anormal” o “sana / perversa”. De esta última obra que no analizamos aquí, se rescata también las ideas afrancesadas de la homosexualidad. El título del libro remite directamente a Genet, al cual se cita al inicio del texto. La cuestión de la homosexualidad masculina, en ese sentido, se vuelve un nuevo tema a explotar en la literatura peruana. Esta temática en la obra de Mario Vargas Llosa desde sus inicios se da de modo prejuicioso y hasta problemático dentro de sus narradores.

Por el análisis que hace Dieter Ingenschay (2011), podemos interpretar que Mario Vargas Llosa como persona del mundo real no tiene una postura homofóbica o excluyente de la homosexualidad, por el contrario, busca la inclusión radical de las diferencias sexuales dentro de las democracias y formas de vida cotidianas. Sin embargo, Ingenschay se da cuenta de que en cuanto autor que produce voces narradoras, la homofobia se vuelve un rasgo constante en estas voces. En el análisis de Ingenschay a *El sueño del Celta* (2010) muestra la homofobia de la voz narrativa. En el ensayo que nosotros realizamos a *Los cachorros*, y siguiendo también la lectura de Nettel y de Thays, comprobamos que hay una constancia de prejuicios sobre la homosexualidad masculina en las voces narrativas de Vargas Llosa, buscando que la homosexualidad o sea agresiva o trágica. ¿Qué hacer con una narrativa que no coincide con los postulados políticos del escritor que la produce? Podemos apelar a la sentencia de Barthes de la muerte del autor y señalar el problema literario de producir todos estos prejuicios sin una crítica dentro de la propia novela, que permita al lector no sólo ver los prejuicios sociales como realidades

constantes, sino también observar lo negativo de los mismos, y preguntarse críticamente qué hacer con esas vidas que durante siglos se han excluido del mundo político y de las formas de la vida digna.

En ese sentido, aunque nuestro análisis revela los prejuicios dentro de Los cachorros sobre la homosexualidad masculina, a la vez permite pensar que hay un rasgo existencial positivo que se afirma en la elección de Cuéllar al ejercer la “voluntad de mal”. Por otro lado, su elección abre el campo de las elecciones colectivas: su libertad se entretiene con los prejuicios de los otros que los obligan a accionar sobre sus propias vidas (como tomar distancia de Cuéllar) o a elegir el mismo camino existencial de él (como los muchachos que son seducidos por el personaje). En ambas situaciones, el rasgo existencial de Cuéllar empuja a los otros a actuar junto a esa libertad ejercida, ejerciendo ellos mismos la libertad de enajenarse a los roles sociales o a renunciar a ellos, aunque eso sea caer en los espacios de marginación y perversión que la propia sociedad ha producido para la disidencia sexual.

Para concluir, quisiéramos preguntar: ¿qué tipo de literatura queremos producir/leer y qué tipo de prejuicios queremos desarmar dentro de la propia narrativa para construir esa democracia incluyente que el propio Mario Vargas Llosa busca alcanzar, pero que no busca producir dentro de su propia narrativa? ¿Podemos exigir un ejercicio de apertura crítica dentro de las novelas que posibilite que el lector se pregunte por sus propios valores sociales y pueda, de ese modo, alcanzar una sociedad más incluyente donde se deje de ver a ciertos sectores de la población como eternos marginados, perfectos perversos, vidas sin valor? ¿Qué peso tiene la literatura en la construcción de las revoluciones sociales? ¿Qué tipo de producciones en torno a las disidencias queremos leer dentro de la literatura iberoamericana?

Mientras sigan existiendo obras de este tipo, la deconstrucción de sus argumentos,

la muestra de sus prejuicios y la teoría queer como herramienta de análisis, se vuelve cada día más urgente. ¿Podemos seguir soportando la marginación de la homosexualidad en la literatura sin una lectura aguda, crítica, feroz contra los prejuicios sociales? Y todavía hoy cabe preguntar: ¿acaso hemos avanzado demasiado, acaso Latinoamérica ha logrado producir una literatura LGBT+ o queer que no esté bañada de estos prejuicios y marginaciones constantes? Como pensaría Thyas: ¿pueden los escritores producir una obra donde la homosexualidad sea, en realidad, heroica, particular, extravagante y hasta genuinamente genética sin caer en los lugares comunes de la exclusión y el desprecio a estas vidas? Transformando las palabras de Butler: ¿puede la literatura hacer de estas vidas deseables, vivibles más allá del sistema heterosexual y falocéntrico? No mientras no haya una crítica de fondo a todo el sistema del binario sexual, las ontologías de la diferencia y el problema de las sexualidades diferentes a la norma. No mientras el heteropatriarcado sea nuestro sistema. Como diría el propio Mario Vargas Llosa sobre la literatura:

Y nada defiende mejor al ser viviente contra la estupidez de los prejuicios, del racismo, de la xenofobia, de las orejeras pueblerinas del sectarismo religioso o político, o de los nacionalismos excluyentes como esta comprobación incesante que aparece siempre en la gran literatura: la igualdad esencial de hombres y mujeres de todas las geografías y la injusticia que es establecer entre ellos formas de discriminación, sujeción o explotación. (2001, s. p.)

¿Hasta cuándo tendremos que leer este tipo de discursos mientras la literatura de tal autor sigue reproduciendo esa discriminación, sujeción o explotación que se busca superar? ¿Por qué seguir teniendo una literatura que reproduce la violencia si ella debiese crear el lugar idóneo para superar la desigualdad, sea en la crítica o en el ejemplo positivo?

Se trata de frenar la máquina que produce sin cesar una masa creciente de vidas residuales, marginadas, estigmatizadas

cruelmente (cfr. Hocquenghem, 2009, p. 45), para poder alcanzar el derrumbe de un sistema de represiones del eros y la norma heterosexual, volviendo a la sociedad un espacio donde la genitalidad no sea el centro de la identidad (cfr. Mieli, 1979; Wittig, 2006). De ahí la necesidad de una literatura queer contra la falocentrista. Y como última pregunta: a pesar de los avances de protección legal a la disidencia sexual, ¿no sigue siendo nuestra sociedad prejuiciosa ante la misma?, ¿cómo podemos modificar esto si nuestras voces narrativas y aplaudidas por la hegemonía siguen narrando desde el prejuicio y el orden heteronormado y discriminador? Si la literatura es un dispositivo político, es momento de crear nuevas historias queer y disidentes más allá del hetero-cis-patriarcado.

### Referencias bibliográficas:

- Bruckner, P. y Finkielkraut, A. (1979). *El nuevo desorden amoroso*. España. Anagrama.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. España. Paidós.
- De San-Martín Tudela, A. (2014). “La escritura de Mario Vargas Llosa, heredera de las vanguardias”. Tesis doctoral. Barcelona. Universidad de Barcelona. Disponible en [https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/285527/ADSMT\\_TESIS.pdf?sequence=1](https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/285527/ADSMT_TESIS.pdf?sequence=1)
- Delgado del Águila, J. M. (2020). “Protagonismo violento: elemento intratextual de La ciudad y los perros con las obras literarias iniciales (1952-1977) de Vargas Llosa”. *Sincronía*, año XXIV, núm. 78, pp. 303-323. Disponible en [http://sincronia.cucsh.udg.mx/pdf/78/303\\_323\\_2020b.pdf](http://sincronia.cucsh.udg.mx/pdf/78/303_323_2020b.pdf)
- Eribon, D. (2004). *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*. España. Anagrama.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad (I): La voluntad de saber*. México. Siglo XXI.
- Hocquenghem, G. (2009). *El deseo homosexual*. España. Melusina.
- Hopenhayn, S. (2011). “El pupitre del escritor”. *Estudios Públicos*, 122, pp. 66-77. Disponible en [https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160622/20160622122333/revista\\_estudios\\_publicos\\_122.pdf](https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160622/20160622122333/revista_estudios_publicos_122.pdf)
- Ingenschay, D. (2011). “Mario Vargas Llosa y el ‘pecado nefando’”. *Revista Chilena de Literatura*, núm. 80, pp. 51-63. Disponible <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/17810>
- Kosofsky Sedwick, E. (1998). *Epistemología del armario*. España. Ediciones de la Tempesta.
- López Maguiña, S. (2018). “La emasculación como sacrificio en *Los cachorros*, de Mario Vargas Llosa”. *Líneas Generales*, (1), pp. 144-153. Disponible en <https://doi.org/10.26439/en.lineas.generales2018.n001.1841>
- Mieli, M. (1979). *Elementos de crítica homosexual*. España. Anagrama.
- Nettel, G. (2011). “El hombre en cautiverio. Modelos de masculinidad en *Los Cachorros y La ciudad y los perros*.” *Estudios Públicos*, 122, pp. 78-95. Disponible en <https://biblat.unam.mx/es/revista/estudios-publicos-santiago/articulo/el-hombre-en-cautiverio-modelos-de-masculinidad-en-los-cachorros-y-la-ciudad-y-los-perros>
- Oviedo, J. M. (1993). “Vargas Llosa entre Sartre y Camus” en *Eva Valcárcel* (ed.), *Hispanoamérica en sus textos: ciclo de conferencias*, España. Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións, pp. 85-96. Disponible en <https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/8575>
- Preciado, P. B. (2009). “Terror anal” en Guy Hocquenghem, *El deseo homosexual*, España. Melusina, pp. 133-174.
- Preciado, P. B. (2019). “Filiación y amor marica según Jean Genet” en *Un apartamento en Urano. Crónicas del*



- cruce*. España. Anagrama, pp. 55-57.
- Preciado, P. B. (2020). *Testo yonqui*. España. Anagrama.
- Puar, J. K. (2017). **Ensamblajes terroristas. El homonacionalismo en tiempos queer**. Barcelona. Edicions Bellaterra.
- Ruiz, G. (2021). “*Los Cachorros* (1967) de Mario Vargas Llosa y la reproducción normativa patriarcal en la sociedad peruana”. **Bulletin Hispanic Studies**, vol. 98, núm.3, pp. 285–299.
- Sartre, J. P. (2003). *San Genet, comediante y mártir*. Argentina. Losada.
- Schérer, R. y Hocquenghem, G. (1978). *Coire; álbum sistemático de la infancia*. España. Anagrama.
- Susti, A. (2021). “Adolescentes en la ciudad: rebeldía y conformismo en la narrativa peruana moderna”. **Lexis**, vol. XLV (2), pp. 891-916. Disponible en <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/lexis/article/view/24652>
- Thays, I. (2013). “Cuatro arquetipos sexuales en la obra de Mario Vargas Llosa. Alicante.” **Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**. En <http://www.cervantesvirtual.com/obra/cuatro-arquetipos-sexuales-en-la-obra-de-mario-vargas-llosa/>
- Vargas Llosa, M. (2001). “La literatura y la vida. Perú. Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas”. Disponible en <https://repositorioacademico.upc.edu.pe/bitstream/handle/10757/625468/La%20literatura%20y%20la%20vida.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Vargas Llosa, M.(1991). *Los jefes, los cachorros*. España. Alianza.
- Vargas Llosa, M.(2005). “El matrimonio gay”, **El País**, 25 de junio. En [https://elpais.com/diario/2005/06/26/opinion/1119736807\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/06/26/opinion/1119736807_850215.html)
- Vargas Llosa, M. (2012). “La caza del gay”, **El País**, 04 de abril. En [https://elpais.com/elpais/2012/04/04/opinion/1333540547\\_113226.html](https://elpais.com/elpais/2012/04/04/opinion/1333540547_113226.html)
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona. EGALES.